EL DOMINGO

POR

FELICIDAD BLANC

TODA la semana estuvieron los niños hablando del domingo. —Esta vez vamos a ir muy lejos—decía Pedrito, el mayor. —Creo que iremos en tren y todo. —Dice papá que tendremos que levantarnos muy temprano—intervenía Merceditas, la segunda. Los pequeños gritaban: —¡Qué bien, qué bien!— Miguelito corría torpemente todavía sobre sus piernas. —¡Mamá, mamá, qué bien!— El sábado lo planearon todo: el horario de los trenes, lo que llevarían de comida. El padre recomendaba: —No te olvides de buscarme los prismáticos. Es muy entretenido cuando se sale fuera. —Papá—decía Pedrito—, ¿se verán las montañas con ellos muy cerca? —Sí, hijo, sí; las montañas, los ríos y hasta las ovejas. El domingo la madre se levantó casi al amanecer. ¡Había que preparar tantas cosas! Su marido, entre sueños todavía, le recomendaba: —Sobre todo, no te olvides de poner cebolla en la tortilla; ya sabes que me gusta más así—. La muchacha, soñolienta y desperezándose todavía, apareció en la cocina. —Vamos, vamos, dese prisa; no es cosa de que perdamos el tren—. Los niños empezaron a despertarse. Pedrito llamó a sus hermanas. —¡Arriba! ¿No veis que es ya domingo?—. Juanita tiraba de la falda a su madre. —Mamá, péiname—. Miguelito gritaba: —¡Yo quiero el chocolate!—. La madre corría de un lado a otro, hacía las trenzas de Juanita, lavaba las piernas de la otra, preparaba el chocolate del menor. —No te

pongas nerviosa, ¡si hay mucho tiempo!—. Salieron por fin. Desde la puerta la muchacha les despedía entre bostezos: —Hasta la noche; que se diviertan—. En el Metro, Miguelito se quedó dormido. Ella pensaba: —¿Llegaremos a tiempo? ¿Habrá sitio?—. Al llegar tuvieron que hacer una larga cola pra sacar los billetes. El padre les dijo: —Esperad ahí; vuelvo yo con ellos—. Esperaron. La gente los empujaba. —¡Cuidado, Carmen, no te vayas a perder!— Carmen se acercaba un poco más. Por fin, vino el padre. Entraron en el andén. —¡Cuánta gente, Dios mío! ¡Cuidado con los chicos!—. Se subió primero él. —Dame, dame al pequeño; que los voy colocando—. Detrás subieron los otros. Ella casi no podía con la bolsa. —¡Espera, espera, yo te ayudaré!—. Sólo encontraron un asiento. Se sentó en él la madre con los dos pequeños; el padre, fuera, en el pasillo con los mayores. Todos gritaban de alegría. —¡Papá, mira un río! ¡Mamá, mamá, mira, un carro con tres mulas!—. Pasaron dos o tres estaciones. —¿Falta mucho, papá?—. —No, ya estamos llegando—. Casi no podían atravesar el pasillo. —Mamá, que me pisan—. —Bueno, hija, bueno, qué le voy a hacer—. Bajaron; los niños corrían por el andén. —Cuidado, cuidado, esperad. Todos juntos y sin alejarse de nosotros—. Empezaron a andar por una carretera. —Yo creo que allí, debajo de aquellos pinos—. —No, un poco más allá, mejor, dijo él. Ahí no tenemos perspectiva—. Subieron una cuesta empinada. El padre cogió a Miguelito en sus brazos. —Yo me canso, mamá—decía Juanita—. Allí, allí—dijo el padre por fin—. Se veía un horizonte amplio y unas montañas lejanas en las que reverberaba el sol. En el suelo fueron dejando las chaquetas, la bolsa de la merienda. Aquello ya iba siendo un poco su casa. El padre llamó a los mayores. —Vamos hacia allí—. Subió a un pequeño promontorio, sacó de su estuche los prismáticos y comenzó a mirar con cuidado, como si pudiera lastimar el paisaje. Los niños se agarraban a su chaqueta. —Yo, papá, yo primero—. Se los puso Pedrito. —¿Qué ves?—le decían los niños—. —Veo una montaña, luego una casa; ahora sale una mujer—. —Yo quiero ver, yo quiero ver—gritaban sus hermanas—. Se oyó una bofetada, luego el llanto de una de las niñas. —Mamá, Pedrito no me deja mirar por los prismáticos—. Secó las lágrimas de la niña y se puso a preparar la comida. Se sentía cansada, como si de la fiebre de los preparativos le hubiera quedado una gran laxitud. Después de comer, acostaron a los niños. Luego, su marido se quitó la chaqueta, apoyó en ella su cabeza y poco a poco todos se quedaron dormidos. Pedrito era el único que no acababa de conciliar el sueño. —Mamá, ¿era bonito el pueblo donde tú estuviste de maestra?—. —Sí, era

GREGORIO Prieto.

bonito—. —¿Tenía río, mamá?—. —Sí, y muchos árboles en sus orillas—. Al contestarle, vió que se había quedado también dormido. Se le quedó mirando. —¡Cómo se parece a mí!—pensó. Luego su mirada se paró en los zapatos. —Pronto habrá que comprarle otros—suspiró—. ¡Qué difícil era todo, Dios mío! Hasta el comprar a su hijo un par de zapatos. Por la carretera pasaron dos señores. La voz de uno de ellos llegó hasta ella. —Es necesario en la vida hacer de cuando en cuando balance—. Se sonrió. ¿Cuánto tiempo que ella no lo hacía? Claro es que también hacía mucho tiempo que ella no sentía el olor del campo, el dulce olor de la tierra, y sí sólo la atmósfera cerrada de su casa, la opresión de las paredes y el ruido ensordecedor de los niños. —Si alguno me faltara—pensó—¡qué cosa tan espantosa sería!—. Y, sin embargo, sobre ella eran como un peso, un peso casi imposible de levantar. Una brisa ligera movió lentamente las hojas. —Ya me iba olvidando de lo que es el aire sobre los árboles. Y, sin embargo, ¡cómo me gustaba oírlo cuando era niña!—. Se recordó en el hogar de sus tíos. Ella, una pobre niña huérfana. Su tío la quería, su tía no. Todos los días se quejaba de lo caro que resultaba pagarle sus estudios y darle de comer. Ella estudiaba, estudiaba. Quería que llegase pronto el día de ganárselo por ella misma. Su primo le decía: —No estudies; soy yo el que tengo que estudiar para ti. Cuando sea mayor ganaré mucho dinero y te haré muy feliz—. Feliz fué a otra a quien la hizo, a ella no. Ella sabía que eran sus manos las únicas con que podía contar. Por fin terminó la carrera. La destinaron a un pueblo. ¡Qué orgullosa se sentía! ¡Qué orgullosa y qué valiente, al entrar por primera vez en la escuela! Días más tarde también algo nuevo se despertó en ella. Quiso recordar aquella fisonomía entonces tan querida, pero se le escapaba, no podía hacerse con ella. Sólo recordaba su voz, su voz al interpelarla por primera vez. —¿Puede una persona culta como usted perder unos minutos con un señorito ocioso e ignorante como yo?—. Se presentó él mismo. Pero ella ya sabía quién era. Hijo único, rico y sin preocupaciones, no sabía lo que era la vida ni el trabajo que costaba ganarla. Desde aquel día se hicieron amigos. Salían muchas tardes de paseo, algunas veces por la orilla del río. El la prestaba libros, la hacía reír contándole chismes e historias de los habitantes del pueblo. Una tarde le dijo que la quería. Se hicieron novios. —Está usted perdiendo el tiempo—le decía la señora del juez—. ¿Perdiendo el tiempo? Si lo hubiera perdido no encontraría nada ahora, y, sin embargo, allí estaban todos sus sueños de juventud. ¿Qué importaba que él después la dejara, que la dejara de una manera cruel, si allí

dentro quedaban aquellos atardeceres, aquel beso primero, aquellos meses felices que ya nunca volvería a vivir? Volvió la mirada a su marido. Dormía, dormía plácidamente, disfrutando de aquella tarde para mañana volver otra vez a empezar. —Está cansado, cansado como yo de luchar para levantar estos hijos—. Sintió un desbordamiento de ternura hacia él. Sí, él era quien le dió un hogar, un hogar que ella nunca tuvo, y aquellas cinco cabecitas extendidas sobre la hierba. ¿Cómo podía olvidar eso, cómo podía ser aquella mujer agria y a veces hasta dura? Se casó sin amor con él, como un recurso a su soledad y a su desamparo. El no era más que lo que era, un empleado ejemplar en su oficina y después un hombre hogareño y bueno para sus hijos. ¿Por qué se revolvía a veces en su interior porque no era lo que ella soñara? ¿Qué culpa tenía él? ¿Y qué hubiera podido hacer el hombre de sus sueños más de lo que él hacía? Buscó una causa que la justificara consigo misma. Sí, era la casa inhóspita, con aquella criada desgreñada y aquellos niños gritando todo el día a su alrededor. Era el vivir de espaldas a la tierra, entre aquellas cuatro paredes, pensando sólo en el dinero que falta, en los zapatos que se acaban y no se pueden acabar. Era aquello lo que les iba haciendo poco a poco desaparecer a ellos mismos, convirtiéndoles en dos bestias cansadas que tiraban de un carro, sintiendo a veces las fuerzas flaquear. Se acercó a él y dulcemente le besó en la frente. El entreabrió los ojos, luego los volvió a cerrar. El sol empezaba a decaer y sobre las montañas lejanas unas nubes empezaron a tomar un color violeta. Se quedó mirando a sus hijos, casi como si los viese por vez primera, con sus trajecitos humildes, con aquella disimulada pobreza que era peor que la pobreza misma. Sintió un momento las lágrimas asomar a sus ojos; las secó al ver la mirada de su hijo fija en ella. —Mamá, ¿es muy tarde?—. —Debe de ser, hijo; no sé. Yo también estaba dormida—. Al ruido de sus voces despertaron los demás. Corrían las niñas persiguiéndose, escondiéndose detrás de los árboles. Desaparecían, volvían a aparecer. Luego, ya cansadas, se pusieron a coger flores. —Las llevaremos a casa—decían—. Las arrancaban con saña, con furor. —Mamá, mamá, vamos a llenar la casa de flores—. Apenas las oía. Miraba lejos, allí donde la montaña empezaba a cubrirse de sombra. Y de pronto, sintió con el atardecer toda la tristeza del domingo que acaba, de la casa triste que espera. Recordó el pasillo, el pasillo con aquel olor de aceite rancio, las butacas con los muelles salidos y aquella alfombra en la que lentamente iba desapareciendo toda señal de dibujo. Mañana otra vez a empezar de nuevo, como si aquel breve parénte-

sis no hubiera existido, a sentir como una herida clavada en la carne el dinero que no llega, los hijos que gritan, la muchacha torpe que no le entiende a uno. Y aquel hombre cansado que se acuesta muchas noches sin apenas hablar. Así siempre, un mes tras otro, un año y más años detrás. Ir a la muerte sin haber podido descansar, buscando en ella poco más que el silencio. —Se nos va a hacer tarde—dijo él—. Hay que pensar en el tren—. Fué recogiendo lentamente las cosas, colgó después la bolsa en su brazo. Corrían los niños por la carretera abajo. —Tened cuidado de no caeros—dijo el padre—. Ella se detuvo como si no pudiera ya andar más, y, de pronto, se sentó en el suelo sollozando. —Sigue, sigue—le dijo a él—. Es que hoy tengo un día muy tonto. Ni yo misma sé lo que me pasa—. Apenas podía hablar, ni siquiera detener las lágrimas, que corrían como un río que se desborda, inundándolo todo, anegando el corazón bajo sus aguas. Se bajó él hasta ella. —Pero ¿qué te pasa, mujer? ¿Qué te pasa?—. La acariciaba con ternura, con una ternura creada por los años. Secaba las lágrimas con su pañuelo. —Te cansaste hoy mucho preparándolo todo; es eso lo que tienes. Anda, anda, no llores; te pueden ver los niños y se pondrían tristes—. Levantó la mirada. Vió un reflejo húmedo en los ojos de él. —Tienes razón, tienes razón—dijo—. Y se quedó mirando a lo lejos a sus hijos. Algo parecía brotar de la ternura de él o de aquel grupo alegre que formaban sus hijos sonriendo, algo que le daba fuerzas para vivir de nuevo, aunque ella misma casi no se explicara el porqué, como mañana tampoco se explicaría el porqué de sus lágrimas, el porqué de su desfallecer. Se reunieron otra vez con los niños. —¡Cuánto tardasteis!—. —¡Es que corrimos mucho!—decía Pedrito, el mayor—. Miguelito reclamaba los brazos de su madre. —Ven aquí, ven aquí, dejad a mamá. Mamá está cansada, no está bien hoy—. Por vez primera, él se sentía protector de ella, y esto le afirmaba, le sostenía, le hacía más fuerte de lo que nunca fué. —Apóyate en mí—le dijo a ella—. Se apoyó sumisa, obediente, sintiendo el placer de tener alguien que la sostuviera, de poder descansar su cansancio en otro ser. —Yo también te ayudaré algún día—pensó—, y luego serán ellos, ellos los que nos sostendrán. Quizá sea esto la felicidad y no otra cosa—. Subieron al tren. Con dificultad encontraron por fin dos asientos. Los niños se adormecían encima de ellos. Oían canciones, risas, un alboroto sordo que se confundía con el ruido del tren. En un vagón dos muchachos empezaron a cantar con voz un tanto destemplada. Del pasillo contestaron otras voces. Más lejos alguien tocaba un acordeón. La alegría era un poco forzada, como si se

mezclara en ella todo el cansancio de la jornada que termina, de las cosas que acaban. Hasta ella llegaba el olor de las flores que las niñas apretaban con fuerza contra ellas. Mañana estarán mustias, penso. Buscó la mirada de él. Al encontrarse, los dos se sonreían.

Felicidad Blanc.
Ibiza, 35.
MADRID (España).